

Atracaba en su muelle de la base naval de Lisboa el lugre de cuatro palos Creoula, que durante 14 días fue aula navegante para 51 instruendos y profesores que en él embarcaron para realizar el decimoséptimo curso de mar de la UIM, titulado 'Dos continentes y un océano de culturas. Economía de la mar'. En los 600 metros cuadrados de las dos cubiertas del navío convivieron con los 40 marinos de la Marinha Portuguesa y al final formaron un todo.

Así viene siendo desde hace diez años cuando comenzó a funcionar esta academia de la mar única en el mundo y por la que han pasado un conjunto de profesores y alumnos que ya supera los 1.000 participantes, procedentes de una docena de países, que han recorrido juntos 16.322 millas en 3.200 horas de navegación en sus 18 cursos contando al que tendrá lugar en septiembre.

La campaña de este año consta de dos cursos de mar y varios seminarios en tierra, el curso que ahora concluye su ciclo de navegación comenzó con algunas reuniones informativas previas celebradas en Porto, Lisboa y en la sede mierense del CeCodet, y embarcó el 1 de julio en la nueva terminal de cruceros del puerto de Leixoes, bella obra de un joven arquitecto portugués, que albergará a los investigadores del Ciimar, centro operador de la UIM para la Universidad de Porto.

En un acto celebrado en un diáfana sala de la terminal, a la que asomaban los palos del Creoula, un centenar de instruendos antiguos y modernos asistieron al acto conmemorativo del décimo aniversario de la UIM que presidió el rector de Porto y en el que intervinieron autoridades locales y académicas de las tres academias organizadoras, además de directores, profesores e instruendos. Se hizo balance, positivo, y se pensó en el futuro, concluyendo con un 'Por do sol' en la mejor tradición 'marinheira'. Al día siguiente y en una mañana neblinosa, el navío largó amarras a las 10 y pronto quedó atrás la foz do Douro y el nevoeiro, apareciendo un día resplandeciente.

A buena marcha, seis nudos, tomó rumbo a las islas Berlengas, donde fondeó a primera hora de la mañana del 3 de agosto. Los instruendos fueron barqueados hasta el pequeño muelle y de allí ascendieron al farol de Berlengas, siendo guiados por especialistas de la Re-



CRÓNICA DE UN CURSO DE MAR

FERMÍN RODRÍGUEZ

EL VIAJE A MADEIRA

serva Natural, con los que la reconocieron territorialmente y de los que recibieron explicaciones sobre los proyectos que están en marcha para el desarrollo del concejo de Peniche, al que pertenecen las islas. Una 'sardinhada', ofrecida por la cámara municipal, dio paso a una tarde libre en la pequeña isla, para a su caída embarcar con rumbo a Porto Santo. Con una navegación sin incidencias, buena mar y buen viento, los instruendos fueron marinándose, aprendiendo a saber estar en la mar, sucediéndose faenas, guardias, palestras, talleres, completándose así la primera fase, la de adaptación al navío, cuya actividad nunca se detiene y en el que todo forma parte del programa de instrucción, lo que constituye un bagaje muy atractivo para estudiantes inquietos que adornan su currículum normalizado con actividades sorprendentes, como talleres de puente a las cuatro de la mañana, o baños en alta mar sobre el

banco Gorrigen a 500 metros de profundidad, 100 millas de tierra y con el agua a 24 grados. El día 8 a primera hora el navío fondeaba en la bahía de Porto Santo, la pequeña isla frente Madeira.

Calidad excepcional de agua

Una pequeña población, un puerto, aeropuerto y buenos hoteles para una estancia en una de las mejores playas del mundo, con una calidad de las aguas excepcional, lo que permite a los noruegos considerarlas como medicinales y con ello ser prescritas por su sistema de salud como tratamiento. Lástima que la reciente ampliación del puerto esté amenazando la conservación de una parte del arenal. El tiempo habitualmente tranquilo no acompañó la visita, y los instruendos hicieron el barqueo en un mar encabritado por el viento, que convirtió a las semirrigidas en batidoras y a sus tripulantes en zumo exprimido. Con todo eso no impidió que alguno alquilara una moto para

visitar la isla, la mayor parte se bañase en las cálidas aguas y otros paseasen y almorzasen en las 'tasquinhas' locales. Al atardecer, el navío llamó a bordo y a él acudieron las lanchas portadoras bajo un cielo encapotado y un mar que mojaba. Y la mojadura continuó para los que entraron de cuarto en una noche tormentosa y agitada, con rayos y lluvia. Afortunadamente el viento cayó lo justo para que al llegar a Funchal la habilidad del comandante Martins pusiera el navío a resguardo a pesar de las rachas. Sin interrupción un autobús acercó al curso al Museo Botánico, donde se procedió al intercambio de las plantas traídas desde el Botánico de Porto por otras que envía el de Madeira, mediante el Creoula y a través de la UIM. Un breve almuerzo con los bocadillos preparados por la cocina del navío y al Museo de la Ballena. Madeira tiene mucho que ver, es una isla tranquila y con 32.000 camas hoteleras. Es pura altitud y pendiente, un constante sube y baja, con una costa sur de clima tropical y otra norte más húmeda y ventosa. Los vecinos son amables y Funchal la capital tiene un ambiente tranquilo, pero muy entretenido, tanto que fue aprovechado por muchos hasta la hora de volver a bordo a las siete de la mañana. El domingo cada uno visitó lo que se pudo de la isla, que conoció en los últimos años una gran inversión en carreteras con vías rápidas y túneles que sustituyeron a las increíbles ca-

rrereras locales, en algunos casos auténticas trochas que corren por el cantil vertical formando una mínima y espectacular repisa sobre la mar. Hoy serán un importante activo para cierto tipo de turismo. Lástima que por inconfesables razones, en los últimos años la naviera que operaba el transbordador que unía la península con las islas y Canarias dejó de funcionar, por lo que el único medio de acceso es el avión que utiliza el espectacular aeropuerto local.

El domingo, largó velas

A las seis de la tarde del domingo 9 el Creoula largó velas, navegó costeando y sufriendo los fuertes vientos locales, cuyas rachas se notaban especialmente en las salidas de los grandes y pindios barrancos que surcan la isla. Las primeras horas no fueron fáciles y la marcha se retrasó. A pesar de arbolar todo el paño, la velocidad era muy reducida, la mar y el viento la motivaban. El comandante mandó bolina cerrada y se hicieron bordos que en poco mejoraron la cosa, afortunadamente durante la tarde del lunes 10 el viento fue cayendo y la mar con él, y navegamos a rumbo cierto alcanzando los cuatro nudos; el martes llegamos a los cinco y el miércoles a veces superamos los seis y el jueves mar y viento de nuevo se aliaron en contra de este Rocinante de los mares que a paso contenido lo da todo, menos de cuatro nudos. En cualquier caso, esto no deja de ser la anécdota de la señora mar, que se presenta como le da la gana, como dulce amiga o furia desgreñada. Esto es así para todos, pero aquí se siente más. Lo que no impide el fluido discurrir de las actividades, pues esta máquina del tiempo no para nunca. Por lo que a estas alturas del viaje los instruendos ya habían completado la fase de organización y pasaban a la de 'lideranza para exponer el guión de sus proyectos a realizar en el ciclo terrestre del curso. Cumpleaños emotivamente celebrados, películas sobre la otra vida del Creoula, cuando era un navío bacaladero, proyectadas sobre una vela en una noche calma y estrellada, buena comida y mejor camaradería fueron aportando el cemento con el que cada uno aseguró los ladrillos de conocimiento que contribuirán a reforzar el particular muro personal, construido con las capacidades que cada uno tiene y que una experiencia navegante como la que la UIM proporciona en el Creoula, que ayuda a descubrir. En este viaje hicieron falta 1.020 millas y 124 horas de navegación.



La tripulación del Creoula en la borda durante su estancia en aguas portuguesas. :: UIM